



Las actitudes de otras culturas ante las mascotas

Las actitudes de otras culturas ante las mascotas

En nuestra sociedad, eso es, la estadounidense, en general consideramos a las mascotas como miembros de la familia. Son nuestros “compañeros” y los queremos. Sin embargo, no todas las culturas comparten la misma actitud ante los animales que viven con nosotros y que queremos como las mascotas que son. Por ejemplo, en algunas culturas a los perros se los ven como animales sucios, y por lo tanto las personas no los tratan como nosotros los tratamos. Puede que las personas tengan un perro, pero no siempre lo cuidan bien. Lo común es que dejan que su perro escarbe en el patio o en los alrededores de la casa por su comida o le dan sobras de la mesa y si el perro se enferma, lo más probable es que no lo lleven con un veterinario. Si el perro se acerca demasiado, puede que le den un puntapié para que se aleje, o si ladra demasiado o hace mucho ruido o molesta en otra forma, puede que lo peguen.

Cuando se hace un esfuerzo por comprender estas actitudes, se puede comprender por qué en una cultura en particular se considera a los animales de otra manera. Por ejemplo, las personas pueden carecer del dinero necesario para comprar comida especial para una mascota. No tendrán ni con qué pagar a un médico cuando ellos mismos se enfermen, y mucho menos pagar medicinas que necesite un gato o perro enfermo. Puede que su religión les enseñe que algunos animales son sucios, es decir, impuros, o que otros son sagrados.

Además, hay que tomar en cuenta que en siglos pasados en nuestra propia cultura tantos bebés humanos murieron antes de cumplir tres años que los padres de familia tenían miedo de querer demasiado a sus hijos pequeños. Reprimieron sus sentimientos para protegerse emocionalmente ante la posible pérdida de sus hijos pequeños. De la misma manera, las personas sin acceso a atención básica a la salud tienen que conformarse en muchas ocasiones a que algunos miembros de la familia podrían morir de enfermedades que en este país podemos tratar y curar fácilmente. Es posible, entonces, que tengan miedo de arriesgarse, es decir, sentir afecto o amor por una mascota, porque a fin de cuentas tendrán que lamentar también la muerte temprana de esa mascota.

Dicho de otra manera, si en otras culturas en algunas ocasiones no se trata bien a los animales, no es porque la gente sea “mala”. Tenemos que entender que a esas personas las criaron con otras actitudes y costumbres y las circunstancias de su vida podrían ser mucho muy diferentes de las nuestras. Es importante pensar en cómo a los otros les parece el mundo. Pero, y éste es un pero muy importante, a la vez que podemos y sí debemos hacer un esfuerzo por comprender por qué otras personas hacen lo suyo, no estamos obligados a aceptar sus acciones. El tener una razón o explicación de un acto no significa de manera automática que el acto sea correcto. Hay comportamientos que simplemente son equivocados en el sentido moral. No importa cuál sea la situación, tampoco es correcto ser cruel, aún más cuando la víctima de la crueldad es pequeña o relativamente indefensa. No es correcto privar a los seres vivos de sus derechos más básicos—por supuesto, el derecho a vivir, y el derecho a la libertad—tampoco privarlos del derecho a vivir con dignidad y a recibir un trato compasivo. Es por eso que en nuestra sociedad las leyes prohíben la crueldad hacia los animales. Cuando las personas tratan a un animal como si éste fuera un objeto inanimado, un objeto sin necesidades y emociones, su comportamiento está equivocado y podrían ser castigadas bajo la ley. No podemos hacer gran cosa con respecto al comportamiento de las personas en otras sociedades, al menos en el futuro inmediato, y puede que esas personas sean honradas en otros sentidos. Pero no debemos aprobar o justificar la crueldad. El hacer eso significa que nosotros mismos somos crueles.

Traducción: Leonor Delgado